

CAPITULO IV.

EXCELENCIA DE LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS, EN RAZON DE SU FIN.

Hasta aquí hemos examinado el objeto de nuestras adoraciones en el culto que tributamos al Sagrado Corazon de Jesus procurando con diversas consideraciones manifestar la excelencia de este culto; nos queda aún que buscar el fin que Dios se haya propuesto al ofrecer á nuestra piedad tan insinuante devocion: es absolutamente seguro que aun cuando no hubiese tenido otro fin que la glorificacion más esclarecida del divino Corazon, y hacer patente el amor infinito que tiene á los hombres, esto seria un motivo poderosísimo para excitar nuestra devocion, porque en realidad ¿qué cosa más digna podemos hacer en la tierra que amar y glorificar á nuestro divino Redentor? Sin embargo, ha asignado á nuestra piedad un fin, una intencion toda especial y que nos suministra los motivos más poderosos para abrazar este culto.

Ha querido, segun lo manifiesta á su sierva y la Iglesia nos lo enseña en su Liturgia, recibir una reparacion especial de los desprecios, las indiferencias, las ingratitudes y crueles ultrajes que se vé obligado á sufrir en el Sacramento de su amor; que con este objeto se hagan fervientes comuniones; que todos sus amantes se dediquen á su servicio con generosidad y sin reserva; que, en fin, se le hagan los homenajes más honrosos y perfectos: y, cuando no hubiese otro fin que el de satisfacer los deseos de Jesus, ¿quien no se llamaria mil veces feliz al ofrecerle esta satisfaccion? ¿Quién no ambicionaria el

honor de ser admitido en el número predilecto de esas almas escogidas, que estando, por decirlo así, en un perfecto olvido de sí mismas, están ocupadas únicamente de los intereses de Jesus; y tomando á pechos las injurias que Él sufre y su gloria indignamente ultrajada, se esfuerzan en desagraviarle? ¡Ah, parece que Jesus tiene sobrados derechos á estos homenajes de nuestra parte! Mas si la generosidad no puede mover nuestros corazones, muévalos al ménos la extrema necesidad que hay de reparar el honor de nuestro divino Maestro. En efecto, digámoslo para nuestra confusion, el mundo está sin cesar presenciando dos grandes hechos tales, que es difícil declarar cuál sea el más sorprendente: el uno, es Dios que en el Sacramento de la Eucaristía no pone límite alguno á las efusiones de su caridad, y el otro, es el hombre que para insultarle en este misterio augusto, multiplica todos los recursos de su increíble malicia: "*Los reyes y príncipes de la tierra se han coligado contra Jesucristo,*" (1) cual lo predijo el Real Profeta; mas no ha sido solamente durante su vida mortal cuando se han tramado tantos complots contra Él, sino que en nuestros días se cometen los mismos atentados; el furor de los hombres y la rábía de los demonios contra Él, bien lejos de aplacarse con el curso de los siglos, parece que redoblan su violencia.

¡Almas piadosas, fijad un momento vuestras miradas sobre Él, y quizá en adelante no tendreis el valor suficiente de rehusar á este divino Corazon la veneracion que reclama, como una ligera compensacion á su amor ultrajado!

(1) Astiterunt reges terra et principes convenerunt in unum adversus Deum et adversus Christum ejus. *Psal. 2, 2.*

§ I.

Ultrajes contra la divina Eucaristía de parte de los herejes é impios.

Durante el largo periodo de más de dos siglos, no hubo quien se atreviese á negar la presencia real de Jesucristo en la divina Eucaristía; así son de solemnes y manifiestos los testimonios de las Sagradas Escrituras y los monumentos de la tradicion sobre los que descansan los fundamentos de nuestras creencias; estaba reservado á estos últimos siglos llevar su audacia hasta dejar de creer que Jesus fuese capaz de un amor tan ilimitado, y ¡ojalá se hubiesen conformado con dejarle en el olvido ya que rehusaban prestarle su fé! Mas no fué así: por una perfidia inaudita y una contradiccion de las más flagrantes, al negar su presencia se adunan á prodigarle todo género de insultos. — Los albigenses se precipitaron en las iglesias, cual desencadenadas furias, se apoderaron de los santos copones y arrojaron las sagradas hostias á los corrales para que se alimentasen con ellas los cerdos y los caballos. Los hugonotes en Francia, derribaron los altares, destrozando los vasos sagrados, profanando de mil maneras los templos, y derramando el depósito sagrado, sobre las murallas de las villas revueltas, para impedir á los católicos sitiadores abrir la brecha y emprender el asalto. Y las armas republicanas que devastaron la Europa al principio de este siglo, ¿cuántos ultrajes no hicieron á Jesucristo en el Sacramento del Altar? En España, los soldados destruyeron los tabernáculos, golpeando los copones con los puños de sus espadas ó las culatas de los fusiles. ¿Qué diré de aquellos mónstruos de la impiedad, peores que todos sus predecesores, que han hecho en nuestros días una irrupcion en Europa sobre tantos y tan di-

versos puntos, que no son ni herejes ni católicos, sino una amalgama de incredulidad, de ateísmo y de supersticion diabólica? ¿Quién podrá recordar sin el más profundo horror la indignidad con que fué tratado el Pan de los ángeles; las sacrílegas profanaciones á que le sujetaron y los usos infames en que le emplearon? Baste saber que cuanto puede imaginarse de humillante, de execrable, de pérfido y de sacrilego, inventado por Satanás, todo ha sido cometido contra este adorable Sacramento. Se ha pretendido, lo sé muy bien, acusar de atroz calumnia esta sencilla narracion de hechos, mas tengo los mejores comprobantes de que los testimonios auténticos de ellos, están consignados en los procesos originales y las deposiciones de los mismos traidores culpables de tan nefandos crímenes. ¡Imposible parece que el ódio á Jesucristo haya llegado á tal grado sobre la tierra ya puede gloriarse el mundo de haber llegado á igualar el furor que, contra tan alto Sacramento, anima á los condenados y aun á los mismos demonios.

§ II.

Ultrajes é ingratitudes de parte de los mismos cristianos.

Sin ir muy léjos, aun entre los mismos cristianos que no han llegado á pervertirse, ¡cuántas ingratitudes, qué indiferencia é irreverencias no se notan! Indudablemente Jesucristo, en este misterio de amor, ha llevado la condescendencia hasta sus últimos límites. Pudo reservar á un solo sacerdote el poder de consagrar su Cuerpo y Sangre preciosísima; pudo contentarse con hacerse presente en un solo templo del universo, y obligar á los cristianos que le habitan á que fuesen allí á adorarle, cualesquiera que fuesen las dificultades que

tuvieren que vencer, aquellos que habitasen los lugares más lejanos: pudo, también, haber fijado una sola hora del día, ó un solo día del año, para admitirnos á su audiencia: habría sido, aún, un inefable beneficio de parte de Jesus, el haber consagrado con su presencia real al mundo y á su Iglesia, estando un solo momento en ella; pero su infinito amor ha hecho todo lo contrario: ha dado á una multitud innumerable de sacerdotes, la potestad de hacerle bajar de los cielos á la tierra; ha escogido tantas habitaciones sobre la tierra, cuantas son las capillas é iglesias que tengamos á bien erigirle, donde mora constantemente de día y de noche; con suma complacencia se deja llevar á nuestro gusto por cuantos lugares queremos, y ser recibido de los fieles cuando bien nos parece; se entrega aun á las personas de la condicion más abyecta; desciende bajo los techos más despreciables, y se somete á cuanto se quiere hacer de Él, con tal de que no se le quiera insultar.

Pero de estos abatimientos tan admirables é inauditos, ¿qué fruto ha sacado? ¡Pasmaos, oh cielos, sobre esto, y asolaos en gran manera, oh puertas de él! (1) Por lo mismo que su caridad es inmensa, mayores han sido en atrocidad las graves injurias de las que es objeto. ¿No es por cierto en las iglesias en donde el pueblo que se llama cristiano se muestra más atrevido é insolente? Muchos no hacen hoy escrúpulo alguno de entregarse allí á conversaciones inútiles, corresponderse vanos cumplimientos, é informarse de las novedades del día; se mira como muy poca cosa el reir, observar á los que entran y salen, volver la espalda al Santísimo Sacramento, y aun el estar en una postura indecorosa en su presencia. ¡Ay! si no es que vienen á la casa de Dios con el abominable designio de buscar en ella un pasatiempo, una diversion que no en-

(1) *Obstupescite super hoc, cœli; et portæ ejus desolamini vehementer. Jerem. 2, 12.*

cuentran en su casa; por esto es que viniendo á ostentarse la vanidad y el lujo, aparecen el orgullo y la inmodestia, presentándose en espectáculo los vestidos más suntuosos, las posturas más afectadas, y todas las modas más extrañas á este lugar.

Las mismas jóvenes que por natural pudor deberían mostrarse más recatadas, no tienen vergüenza de presentarse llenas de arrogancia ante los santos altares; de establecer allí infames correspondencias de miradas, señas y saludos. ¡Ídolos monstruosos, levantados en la presencia de Jesucristo, bajo sus mismos ojos ellas procuran separar de Él á sus adoradores para atraerlos hácia ellas mismas! Nada digo de aquella escoria inmunda de la sociedad, de aquellos hombres corrompidos, que no frecuentarian los templos si no fuesen atraidos allí por un motivo tan abominable: allí los vereis parados, la cabeza erguida, la mirada amenazadora, llevando sobre su semblante la señal de los vicios que corroen su pobre corazón, no sabiéndose contener ni aun en los momentos solemnes de la consagracion, en los que Jesus desciende sobre el altar: no solo, sino que en algunas ciudades, hay determinados templos, misas y distribuciones sagradas, escogidas expresamente por punto de cita, de reunion ó saludo: lo que allí se piensa, se dice y se hace, Jesucristo sólo lo sabe, Él, que desde el interior de su tabernáculo es el atormentado espectador!

¿Qué dirémos de las ofensas que recibe con ocasion del augusto Sacrificio? Muchos ingratos tienen tiempo para todo ménos para oír misa; otros están allí presentes, y mientras que Jesus renueva ante sus ojos los grandes misterios de su crucifixion y muerte, ellos permanecen frios, indiferentes é insensibles, sin un afecto solo que ofrecerle, sin una palabra amorosa que dirigirle. Hay algunos á quienes con más facilidad se convencería de tomar un tósigo el más activo, que á recibir á su Dios en el Sacramento de su amor, fuera del santo tiempo pascual, sin faltar algunos que no se cuidan de las

excomuniones fulminadas contra aquellos que no le reciben en las Pascuas. ¿Pero, qué digo? No faltan traidores peores que Júdas, que despues de una confesion sacrílega, con el pecado en el corazon, se presentan y le entregan á su principal enemigo, el demonio.

¡Gran Dios! ¡Qué iniquidades, y cuán horrorosos ultrajes contra Aquel Dios de amor! San Jerónimo jamás cesa de pronunciar sus increpaciones contra un desgraciado que tuvo la audacia de profanar la gruta de Belen con un pecado: — “¡Oh, el más miserable de los hombres! exclama. ¿No has temido el escuchar aun los tiernos vajidos del divino Infante, ó de encontrarte con las miradas de su purísima Madre? ¡Ah! los ángeles hicieron desde allí resonar los aires con sus cánticos, en honor del recién nacido, los pastores vienen á Él, brilla la Estrella en el cielo, los Magos le adoran, Herodes es atormentado y toda Jerusalem conmovida; y tú! ¿Cómo en el momento de abandonarte á cometer el pecado no has sentido oscurecerse tus ojos, entumecerse tu lengua, rendírsete los brazos, vacilar los piés, y desfallecer tu corazon? En euanto á mí, añade el Santo, las lágrimas me aflu- yen con más abundancia que las palabras, y me siento sofocado de dolor, no ménos que de indignacion.” (Epíst. á Sabina). Julian el Apóstata, tambien se atrajo la execracion de todos los siglos por la impiedad que mostró, queriendo impedir los honores que los cristianos tributaban al Salvador crucificado, poniendo en el Santo Calvario las impúdicas estatuas de la impúdica Vénus y el infame Cupido, para ahuyentar de allí los cristianos que iban á orar. Mas los insultos que se dirigen al divino Salvador en sus templos, ¿serán ménos ofensivos que los que puedan cometerse ya en la gruta de Belen ó en la montaña del Calvario? ¿No están tambien santificados los templos por la presencia real de Jesucristo? Y mucho más, pues en aquellos benditos lugares no estuvo sino

como un huésped, pasajero de algunos días ó contadas horas y en los templos hace su estancia permanente. ¿Quién podrá, por lo tanto, comprender cuán sangrientos deban parecerle los ultrajes que allí recibe?

§ III.

Ultrajes de ciertas almas escogidas.

Si grandes son las quejas de nuestro divino Salvador por los ultrajes que recibe de los cristianos tibios, son más sentidas sus quejas por lo que le hacen sufrir algunas de sus almas escogidas. “Lo que me es aún más sensible, decia á Margarita, es que los corazones que me están consagrados, obren de esta manera.” ¿Y habrá quién se atreva á negar que no hay un gran número de semejantes corazones? ¿No son acaso corazones consagrados á Su Majestad los de sus ministros, de sus religiosos y religiosas, los de todas aquellas personas que han sido especialmente favorecidas de Su Majestad? Y entre todas esas almas privilegiadas, ¿cuántas no son las que le ofenden!

Respecto de sus ministros, muchas veces, ¿dónde no le condenan á habitar? Ya en iglesias desaseadas, sobre altares profanados, en copones súcios y donde el dorado ha desaparecido; (1) le tratan, en una palabra, como se avergonzarian de verse tratados ellos mismos. ¿Cómo le exponen á la adoracion de los fieles, qué cuidado ponen en sus ornamentos, en que estado tienen los lienzos del altar, cómo se presentan en los ejercicios de las funciones sagradas, con qué dignidad y piedad le llevan en las procesiones? ¡Ah! ¡Cuántas veces

(1) Yo mismo he tenido el profundo pesar de ver realizado no solo cuanto nos describe este piadoso autor, sino aun más; tan súcios los capillos de los copones, que aun mal olor despedían, y hasta depositado Su Majestad en vasos comunes de cristal. — (Traductor.)

ellos mismos son los primeros en escandalizar á los fieles por la ligereza con que suben al altar, por la celeridad de sus movimientos, por la precipitacion con que ejecutan todas las ceremonias, y, en fin, por lo indecoroso de toda su persona; y si esto es su exterior, ¿su corazon en qué estado se encontrará? Si hubiese ahora en el mundo un solo Júdas que se atreviese á poner sus manos sacrílegas sobre aquel Cuerpo adorable, y recibirle con un corazon impuro, ¿quién seria capaz de describir el horror de los ángeles y el dolor del cielo todo, á la vista de tan criminal atentado? ¡Y sin embargo!

Y entre los religiosos, ¿no hay que deplorar semejantes males? Cuando ellos son especialmente llamados á una imitacion más perfecta de Jesus; cuando están unidos á Él de una manera más íntima por los votos sagrados que le han jurado, y cuando debian conocer mejor los derechos que Su Majestad tiene para ser amado, ¿no se encuentran tambien entre ellos traidores?

Y aún entre las mismas vírgenes consagradas como esposas de Jesucristo, ¿no se encuentran tambien corazones lánguidos, corazones frios, corazones defeccionados, y hasta corazones enemigos que indignamente le reciban? Nadie por cierto está autorizado para juzgar semejantes hechos de profundo secreto, pero el caso es que siempre Jesus es el atormentado por los ultrajes que recibe aun de estos corazones que le están consagrados; ultrajes para Él los más penosos, más crueles y difíciles de soportar. No olvidemos á este intento las sentidas quejas que Jesus dirige á estos traidores por boca de su Profeta, lamentando las amarguras de su pasion; nunca lo hace en términos tan expresivos y enérgicos, como cuando se trató de la traicion de Júdas, su discípulo familiar, y el primer profanador de la Mesa santa: "*Si un enemigo mio me hubiese maldecido, dice Su Majestad, lo habria soportado pero tú, hombre, uno mismo conmigo, elevada*

por mí al rango de mis jefes; tú, con quien he vivido tan familiarmente; tú que participabas conmigo las dulzuras de mi mesa; tú, que me acompañabas cuando era necesario encontrarnos en la casa del Señor (1)! ¡Oh! despues de tanta familiaridad no puedo soportar semejante ingratitud! ¿Y no es esto lo que se verifica tratándose de un Sacerdote, de un Religioso, de un cristiano, los cuales despues de haber gozado de sus favores, despues de haber sido admitidos á la participacion de sus misterios, despues de haberles colmado de sus más tiernas caricias, propias de la bondad de Jesus, no tienen para Él, en cambio de tanto amor, sino el tédio, la indiferencia, y lo que es peor, la ingrata traicion? ¿Quién podrá declarar cuán punzante sea para su Corazon semejante comportamiento?

§ IV.

La devocion al Sagrado Corazon de Jesus es una excelente reparacion de los ultrajes que aflijen á nuestro Señor.

De aquellas quejas dolorosísimas del Salvador, y aún más, de tantos ultrajes que diariamente recibe, deducimos con seguridad que todo el que se propone reparar de alguna manera el honor de Jesucristo en el santísimo Sacramento del Altar, por medio del culto que dé al Sagrado Corazon, llena un oficio tan santo como sublime: por decirlo en una palabra, el ardor que despliega en el servicio de Jesucristo hace que un solo acto de reparacion se le compute como si practicase todas las virtudes, aun las más perfectas. Sí, porque le muestra la fé por lo mismo que no solamente le cree realmente presente, sino que aun hace todo lo posible por consolarle; le muestra el amor que tiene al prójimo, al resentir los ma-

(1) Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique; . . . tu vero, homo unanimes, dux meus, et notus meus qui simul mecum dulces capiebas cibos; in Domo Dei ambulavimus cum consensu. *Psal.* 54, 18.

les que aquel hace y poner todos los medios para impedirlos ó al menos ayudarlo para que no caiga; muestra el celo de la gloria de Dios que le consume, porque su corazon no puede estar tranquilo á la vista de tantas ofensas; manifiesta tambien el santo enojo que lleva en su pecho, al ver que es imposible odiarlas sinceramente no obstante que se consume por extirparlas entre los otros; sobre todo, le muestra su ardiente caridad, porque semejante fuego no puede nacer de otra hoguera.

Pero todavía más, paga un deber que la razon indica, la fé manda y la caridad impone: porque supongamos por un momento que Jesus fuese extraño á nosotros, no solo, consideradlo aun como un enemigo, al verlo tan vilmente ultrajado ¿no se moverian vuestras entrañas de piedad á compadecer su situacion?... Y si considerándolo vuestro enemigo excitaria vuestra compasion, ¿que será si lo considerais como un Dios lleno de amor por los hombres? ¿qué corazon habrá tan indolente que le vea tan ultrajado en el misterio mismo en que nos trata con tanta generosidad y tan dulcemente nos estrecha en su Corazon, que no arda en deseos de poner por su parte un dique á tantos males y de reparar en alguna manera tan execrables atentados? mucho más si se considera que Jesus no puede mostrarse indiferente á los sentimientos de un corazon compasivo, porque la fidelidad se hace mas notable y adquiere un mérito mayor, cuando el abandono es general.

Jesucristo en este Misterio de amor es, para la mayor parte de los hombres, principalmente para muchos cristianos, un objeto de olvido ó de desprecio; por lo mismo si vé almas fervorosas que levantándose de la masa comun de los pecadores, toman á pechos sus intereses ultrajados, que comparan con ellas sus penas, se conmueven de sus afrentas, y hasta donde les es posible procuran de todas maneras darle una pública satisfaccion, por medio de sus mas ardientes

votos, de sus protestas las más sinceras y sus más expresos homenajes, ¿cuánto no se agradará su amante Corazon de una afeccion tan filial y tan devota? ¿de cuántas maneras, propias de su infinito amor, no recompensará una conducta tan digna? Si hubiese un príncipe destronado que en su infortunio llegara á encontrar un súbdito que en aquellas circunstancias le fuere fiel y le acompañara en todas sus pruebas, y despues este príncipe volviera á posesionarse de su trono, ¿no le daria á su fiel siervo los honores mas dignos y proporcionados á su reconocimiento? Pues Jesucristo, que solo tiene la apariencia de destronado, porque oculta su gloria en este Sacramento, pero no ha perdido por esto su imperio: *Su reino es de todos los siglos* (1) tiene constantemente en el cielo un coro espléndido de bienaventurados, los Angeles le sirven de ministros ejecutores de sus disposiciones soberanas y posee tronos sublimes que distribuir en recompensa á todos sus fieles servidores, ¿cómo tratará á todos los que le han servido con tantas muestras de compasion y fidelidad? Aun más, aquí mismo donde con tanta liberalidad reparte sus gracias entre todos aquellos que le aman, ¿no colocará con preferencia dentro de su Corazon á los que defienden tan generosamente sus intereses?

¡Oh Jesus! haced dignos de estos favores á todos los que leyeren estas páginas: os lo suplico por la gloria de vuestro divino Corazon y la santificacion de sus almas.

CAPITULO VII.

PRIMER FRUTO DE LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON: EL CONOCIMIENTO DE JESUCRISTO.

Las dos maneras mas sencillas de llegar al conocimiento de un objeto son, considerarle en sí mismo y en sus efectos; del primer modo revela su naturaleza, su carácter y esencia;

(1) Regnum tuum, regnum omnium sæculorum. *Ps. 144, 13.*